

JAIME ORTEGA*

El Capital: el destino de un texto y de sus traductores

Horacio Tarcus es ya una pluma distinguida entre quienes han contribuido a la historia de las izquierdas en la Argentina, en tanto que capítulo significativo del desarrollo de dicha corriente en el conjunto de América Latina. Su fama no es casual, es la expresión de un amplio recorrido como editor, archivista y escritor. Hace un tiempo ya que comienza a ofrecernos un conjunto de trabajos sobre los que ha venido reflexionando por décadas. El libro que reseñamos en esta ocasión bien podría ser considerado como un libro erudito y para eruditos, sin embargo, dada su temática, interpelará a una cantidad más amplia de lectores.

Tarcus avanza sobre un ambicioso plan de recolectar las pistas que han dejado los numerosos traductores de la obra cumbre de Karl Marx: *El Capital: crítica de la economía política*. El famoso texto que ha cumplido ya 150 años de haber aparecido a la luz y cuyo destino, se pensó en el siglo XIX, era convertirse en la "biblia del proletariado". El recorrido del texto ha tenido sinnúmero de vicisitudes, y es parte de la cultura política de la corriente ideológica más significativa producida entre las clases subalternas, pero también motivo de reflexión para una gama amplia de intelectuales.

Con un estilo ágil, amable y sencillo, Tarcus ofrece una exposición detallada y minuciosa (según el material con el cual se cuenta para hacerlo) de las distintas trayectorias de quienes encararon el proyecto de convertirse en los traductores de Marx al español. No escapa ni la dimensión histórica-contextual, ni las múltiples vicisitudes de un lenguaje técnico que estaba inventándose y reinventándose. El conjunto es un trazo fino sobre las veredas tomadas por el texto al que Marx le dedicó más empeño para su producción.

Tarcus, H (2018).
*La biblia del
proletariado.
Traductores y
editores de El
Capital*. Buenos
Aires: Siglo XXI.

* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

Así, Tarcus nos expone los proyectos que, en España, Argentina, México, Chile, enfrentaron cubanos, españoles, argentinos, uruguayos y chilenos. Vemos recorrer entonces al primer socialismo, el del siglo XIX en España, cruzado con el republicanismo. Observamos también el despliegue del socialismo argentino, en profunda conexión con sus equivalentes en Europa. Asistimos al traslado producto de la Guerra Civil Española de importantes personajes hacia México. Lo mismo para quienes recorrieron la avenida de la renovación crítica y que, por situaciones ajenas a su voluntad, tuvieron que trasladarse del “cono sur” a la nación mexicana.

El texto arranca con una breve historia de las múltiples traducciones de *El Capital* en el mundo, de la rusa a la francesa, se destaca la impronta de ellas y de otras tantas. El preludio da pie a la parte sustancial y mayoritaria del ensayo: los que trasladaron del francés, inglés, italiano y a veces del alemán, al español. Así, Tarcus revisa las trayectorias del federalista español Pablo Correa, del médico argentino Juan B. Justo, de los españoles radicados en México (y contrincantes ideológicos) Manuel Pedrosa y Wenceslao Roces. Con este último, además, el *affaire* con una editorial comunista argentina que se apropia la traducción, disfrazándola. Sigue en la segunda mitad del siglo XX con el argentino Raúl Sciarreta y el uruguayo Pedro Scaron; con los españoles Vicente Romano y Manuel Sacristán, para –finalmente– cerrar con la del chileno Cristián Fazio en el año 1991 como último “regalo soviético”.

El recuento de Tarcus, decíamos, es pormenorizado. Se centra en la reconstrucción de aspectos editoriales, afronta las trayectorias políticas e ideológicas, así como los entramados contextuales que determinaron desplazamientos. No sería mentir el decir que se nota una predilección en su escritura por las coordenadas que permiten la versión de Scaron, motivo de constante referencia y comparación. Cabe preguntarse entonces, más allá de la erudición, sobre los motivos teóricos y políticos que atraviesan tanto las traducciones de *El Capital*, como la propia obra de Tarcus.

La primera sería una versión privilegiada de la tensión producto de los efectos de la revolución soviética, en donde un poder y sus múltiples herramientas de difusión intentan monopolizar el legado de Marx. La valía de la obra de Scaron, parece traslucirse, porque además de ser muy seria en su formulación en tanto intento de edición crítica (a pesar de no contar con los mejores elementos para hacerlo), sobre todo expresa la renovación política del marxismo a mediados del siglo XX. Producto de las tensiones y rupturas con los monopolizadores argentinos de Marx, pero también con los seguidores del poder soviético en otras periferias (Roces), la muy popular

edición de Siglo XXI expresaría la intención de salir de la cuadratura del círculo impuesta por el comunismo: una obra crítica de Marx no atrapada por un discurso de poder.

Quienes hayan leído la versión de Rocés, quizá tan famosa como la de Scaron, sabrán bien las diferencias entre una y otra. No sólo los errores y traslapes que el uruguayo critica del transterrado son algo ya conocido, tan así que él mismo los corrigió en una edición que sólo muchos años después de su muerte pudo aparecer (en 2014). La diferencia se encuentra sobre todo en la fuerza y la imaginación de Rocés, que –en un lenguaje rico, sutil y con múltiples expresiones– vuelve el texto una obra de disfrute y goce, pero también de combate.

Pero más allá de la disputa Rocés-Scaron, existen también otros detalles, bien señalados por Tarcus. Uno importante es la impronta del althusserianismo de la mano de Raúl Sciarreta. Recordemos que en los sesenta-setenta, la obra de Althusser cimbró las certezas más profundas del marxismo dominante. Entre sus intervenciones destaca la idea de que *El Capital* es un texto filosófico cuya unidad es ficticia, pues expresa la convivencia de múltiples discursos que deben ser pensados teóricamente con respecto a las lógicas de la sociedad. Es decir, que leer *El Capital* es un ejercicio teórico. Aunque incompleto, el gesto de Sciarreta es parte de esa onda producto de la intervención del francés. Cabe señalar que Scaron se refiere en tono irónico a la sugerencia althusseriana de pensar el comienzo de la lectura (el gallo señalaba que debía ser la sección segunda por donde había que iniciar, dejando al último la sección primera), y así muestra, en su sutil ironía, la incompreensión teórica de la renovación encabezada por Althusser.

A diferencia de las versiones preliminares de este libro, aparecidas en forma de un ensayo amplio tanto en *Memoria* como en *Nueva Sociedad*, se agregan un par de páginas que son un buen pretexto para pensar el desafío de Tarcus; es decir, reconocer su aporte y dar pasos adelante. La primera versa sobre las ediciones abreviadas y los resúmenes, que operaron como mediación para la configuración de lectores no especializados. La dificultad de asir una obra erudita, densa y cargada de una cultura propia de una época se vio solventada por estas versiones “populares”, que operaban como el aliciente de círculos y grupos de estudio.

La segunda es el breve recuento que hace Tarcus sobre el impacto teórico de *El Capital*. Sin duda, extrañamos más páginas y más profundidad en algunos de los problemas localizados hacia el final. Señala, ciertamente, un hecho real: hoy hay muchas más formas de acercarse a *El Capital*, producto de décadas de trabajo. Él sólo

enfatisa en algunas señas argentinas de la recepción histórica y menciona sólo algunas obras (norteamericanas y europeas principalmente) de tradiciones contemporáneas.

Es aquí, sin duda, donde hay mucho trabajo que hacer aún, y si bien no es parte del proyecto de Tarcus, su libro posibilita retomar y profundizar estas veredas. En el terreno de la producción teórica hay que mencionar algunos referentes insoslayables: las obras de Reinaldo Carcanholo y Ruy Fausto, en el Brasil; la de Norbert Wilner y Roberto Parisi, en la Argentina; la de René Zavaleta y Álvaro García Linera, en Bolivia; la de Anastasio Mancilla en Cuba; la de Franz Hinkelammert en Costa Rica; las de Enrique Dussel, Jorge Juanes y Bolívar Echeverría, en México; la de Rafael Menjívar en El Salvador; la de Guillermo Rochabrúm en el Perú; las de Osvaldo Fernández y Sergio Vuskovic, en Chile. Esto sólo por mencionar las más populares y accesibles. El trabajo de Tarcus es un buen pretexto para escarbar en la memoria teórica y recuperar esa amplia acumulación de conocimiento del marxismo producido en América Latina.

Para el caso de México, desde donde se escribe esta reseña, no es suficiente la mención de la incorporación del Seminario de *El Capital* en el año 76 al currículo de la licenciatura en economía. Se trata de una historia profunda, producto del impacto de la Revolución mexicana y después de la Revolución cubana. El registro de la relación de *El Capital* queda incluso consignado en *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes, cuando uno de sus personajes recuerda que su tesis versó sobre la "plusvalía", pues –como se sabe– Marx fue un lugar común entre la intelectualidad desde los años treinta y cuarenta. Los nombres de Narciso Bassols, Juan Noyola y Elí de Gortari en la primera mitad del siglo xx, se acompañan del de Alonso Aguilar Monteverde, Juan Garzón Bates, Enrique González Rojo (quien escribiera en la revista *Revolución*, editada en Morelia, un resumen de *El Capital*). En términos de la institucionalización se encuentran los cursos aprobados en el año 1966 en el seno del Consejo Universitario de la UNAM, pero también las experiencias en las facultades de Economía con el Seminario de *El Capital*, que Bolívar Echeverría (junto a Armando Bartra, Jorge Juanes y Ramón Ramírez) impartía en el auditorio Ho-Chi-Mihn; en la Facultad de Filosofía, de la mano de Federico Álvarez y Jaime Labastida, y en la de Ciencias Políticas, de la mano del "althusseriano" Raúl Olmedo. Los tres Seminarios de *El Capital* fueron el lugar para la discusión por cerca de dos décadas de la obra de Marx. De aquella experiencia se formaron, en distintas épocas, numerosos intelectuales tan diversos en sus trayectorias como en sus posiciones: Luciano Concheiro, Yolanda Trápaga, Concepción Tonda, Jorge Veraza, Carlos Toran-

zo, Álvaro García Linera, Carlos Aguirre, José Gandarilla, Gerardo Ávalos, por mencionar sólo algunos.

Finalmente y aprovechando la reflexión sobre México, es pertinente señalar la impronta que tanto Enrique Dussel como Bolívar Echeverría tuvieron al momento de considerar la obra de Marx. Particularmente el primero, que hizo explícito que *El Capital* no era un libro sino un proyecto que arrancaba en 1857 y tenía varias redacciones. El espacio creado por Dussel en los años ochenta para seguir aquel rastro devino en la publicación de cuatro importantes libros.

Así, aunque Tarcus enuncia en algunos momentos las traducciones de los *Grundrisse* o las *Teorías sobre la plusvalía*, dice poco sobre las traducciones de otros manuscritos. Puede pensar importante aquellos del periodo 61-63 que sólo se encuentran fragmentariamente. Nos referimos a aquella traducción que impulsó Dussel y apareció en la revista *Dialéctica* en su número 17, así como la que alentó recientemente García Linera en la Vicepresidencia de Bolivia. A ello debe sumarse un ausente: Bolívar Echeverría, quien además de traducir un pasaje de dichos manuscritos, también es traductor de la sección primera de *El Capital*.

Como puede observarse, hay aún mucho trabajo de reconstrucción, tanto de las coordenadas "nacionales" como de los vínculos regionales que impulsaron la lectura, difusión y apropiación productiva de *El Capital*. Baste saludar alegremente este primer disparador proporcionado por Tarcus, que –sin duda– se volverá una obra de consulta en los tiempos por venir. Y es que, frente a la crisis civilizatoria que enfrentamos, *El Capital* de Marx vuelve a convertirse en una referencia tan pertinente como necesaria.

